

## LA NIÑA

*"Este hombre, quizás, es absurdo. Sin embargo, es menos absurdo que el rey, el vanidoso, el hombre de negocios y el bebedor. Su trabajo, al menos, tiene sentido."*

*-Antoine de Saint-Exupéry*

Sobrina de un comandante de compañía de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, creció con ellos. Ella viviendo en Medellín, iba cada quince o veinte días a Cocorná, donde estaba el noveno frente de las FARC-EP. La niña se fue en diciembre, a los catorce y cumplía quince el cinco de marzo. Les hacía mandados, y en una de esas idas y venidas dijo que se quedaba y el tío la aceptó. A la niña le gustaba mucho el monte, pero al inicio no duró mucho ahí: cogía el fusil de bordón y cuando estaba cansada después de caminar por horas se sentaba en el camino y decía "No voy a seguir, estoy cansada" y la niña se sentaba a hacer berrinche y no caminaba, y parar a todo un escuadrón porque una estaba cansada no se podía, entonces, no habiendo más remedio, el tío la echó de la guerrilla y tuvo que volver a su casa.

Cuando ella se fue apenas había terminado octavo, al regresar continuó estudiando en el colegio. Se fue en diciembre y volvió en noviembre. La niña no tuvo a el padre, solo tenía a la madre y a el hermano. La vida de la madre no tenía ningún sentido sin sus hijos, trabajaba de interna en una casa burgués para poder mantenerlos bien. Ella por trabajar casi que ni los crió. Ellos crecieron con la tía, mientras la madre trabajaba por mantenerlos. Cuando se fue la niña, la madre lloraba día y noche, todos los días que la niña estuvo en el monte corría peligro. La madre no tenía pareja, ni amigos, solo a sus hijos; ellos eran su vida.

La niña era terca y se fue otra vez para la guerrilla cuando era mitad de año. El tío dijo no y no y no, y no cedió. Pero al presentarse la niña al Comandante de frente pudo ingresar de nuevo. Y ella cumplió su deseo, de nuevo en el monte.

La salud de la madre no estaba bien, se estaba muriendo y no solo de dolor. La madre no cesaba de llorar día tras día, y hasta un día fue a buscarla con el corazón hecho nada. La niña fue con su 'socio' (que es en la guerrilla algo así como su esposo) al lugar donde estaba la madre. La madre al verla se le arrodilló, lívida, famélica, no con ojos sino con cuencas de tanto llorar; le imploraba el retorno al hogar, pero la niña con firmeza, sin lágrimas le decía "No, Yo ya tomé una decisión." y se fue, dejando a la madre en la mitad de un potrero, mientras le gritaba desgarrada que volviera. El

hermano nunca pudo comprender cómo funcionaba el amor de la niña, cómo podía ser tan dura, cómo funcionaban sus sentimientos, cómo pudo dejar a la madre ahí y desaparecer de nuevo por el camino que había llegado.

La última vez que el hermano vio a la niña fue en un campamento. El cielo estaba despejado, y había muchas estrellas. Comió mecato con ella, y el hermano se sorprendió, porque ella muy egoísta y ese día el mecato lo compartieron; ella había cambiado, todo lo compartía con él. Y hablaron, y ella ya sabía muy bien por qué estaba ahí. Cuando se iban a despedir -recuerda muy bien el hermano- la niña tenía el fusil al hombro y el chaleco puesto y se abrazaron. El hermano se sintió feliz al verla, porque ella ya sabía por qué era guerrillera, al menos no estaba allá en vano. Ella era una niña, o una mujer o mujercita luchando buscando un país más justo y más humano. A los dos meses de ese campamento él recibió un mensaje “Hermanito, te amo mucho. Atentamente: Aleja.”, ellos se querían mucho pero nunca se decía palabras cariñosas e incluso se mantenían peleando. El insulto favorito de la niña era “malparido”. Ese mensaje él lo ha de recordar toda la vida, lo conmovió mucho.

El veintiocho de agosto del dos mil ocho, la niña se estaba bañando en un río, con un grupo de guerrilleros, y los acorralaron, ella solo tenía dieciocho años. A la niña una bala le dio en el hombro, a la única persona que alcanzaron las balas fue a ella; lo único que pudo hacer fue correr, solo huía. Salió corriendo sin camisa por la orilla del río, pero se resbaló y cayó al río. Murió ahogada, no podía nadar, estaba herida. “¿Qué se sentirá morir ahogado? El desespero, saber que no tienes aire, como el agua te agita y te pega contra todas las rocas- me dijo el hermano, pero también ahogado, sin el aire, hablaba bajo y suspendido- yo solo espero que ella haya caído y haya quedado inconsciente; que se haya pegado muy duro en la cabeza, para que no haya sentido todo ese dolor.”

El hermano estaba saliendo ese día del colegio con sus compañeros, cuando le llegó el mensaje donde decía “Su hermanita murió en fiesta hoy.” Él no sabía que sentir, o mejor dicho, no pudo decirme qué sintió, solo se despidió de sus amigos y llamó al comandante y él le confirmó lo terrible, y le dijo que lo sentía mucho. En ese entonces él estaba en el grupo de teatro, era uno de los coordinadores y enseñaba teatro a los niños, por eso tenía las llaves del teatro y lo único que se le ocurrió fue entrar y se acostó en el escenario y lloró hasta que ya no le salieron más lágrimas. Llegó al anochecer a la casa y se estaba muriendo por dentro -según sus propias palabras-, él no

podía decirle a la madre que la niña estaba muerta. Su llegada a la casa coincidió con la salida de su madre, él no se explica por qué ella dejó el celular ese día; al salir ella le dijo, “ahí deje el celular, si llama la niña dígame que a dónde hay que ir a recogerla.” Se cerró la puerta y él siguió llorando.

A la madre se le empeoró la salud, una válvula del corazón ya no funcionaba, estaba cada vez peor. Más o menos seis meses después de la muerte de la niña, se agravó completamente la madre. Estuvo quince días en coma e internada poco más de tres meses en el hospital, la operaron del corazón y le cambiaron la válvula, tuvo complicaciones y le tuvieron que hacer otras dos operaciones.

Me cuenta el hermano que algo muy extraño sucedió con la madre después de salir del hospital: ella dejó de preguntarle todos los días por la niña, y comenzaron a disminuir esas preguntas tortuosas, pasó a preguntarle cada dos meses, luego cada tres luego cada seis meses hasta que esa tortura para el hermano terminó, y ella dejó de preguntarle, “Yo creo que ella inconscientemente sabe que está muerta, pero ella nunca, nunca, lo va a reconocer. De eso ya no se habla, afortunadamente ya no se habla.”